

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO. N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, ABRIL 15 DE 1874.

{ NUM. 58.

CUENTOS DE MI ABUELO.

LAS HERMANAS DE LECHE.

M. de Beauregard, agregado á la embajada de Francia en la corte de Rusia, viudo hacia ya muchos años, tenia confiada la educacion de Leonor, hija suya, á madama de Clermont, su parienta. Esta dama poseia una rica hacienda junto á una aldea del país de Caux, donde Leonor habia sido criada por una casera de conveniencias, á la que M. de Beauregard habia hecho particulares servicios en otros tiempos. Esta digna y excelente mujer, llamada Susana, habia dado de mamar á Leonor al mismo tiempo que á Suseta, hija propia suya, sin que jamas hubiese podido distinguirse á cuál de ambas queria y asistia mas. Leonor y Suseta fueron educadas siempre así una como otra por la madre, recibieron las mismas caricias, y mamaron con la leche el hábito de verse, sonreirse, abrazarse, y jugar juntas; confundieron insensiblemente sus gustos y pesares, sus inclinaciones y deseos; y, en una palabra, toda su existencia: por tanto, cuando llegaron á la edad de tres años, no pudieron pasarse la una sin la otra. «Suseta» fué la primera palabra

que Leonor pronunció, y «Leonor» el que Suseta balbució; y á cada instante las encontraban corriendo, jugando y acariciándose en la avenida del palacio de madama de Clermont. Cuando Leonor habia recibido algunos confites ó golosinas, guardaba parte de ellas para Suseta, ó iba corriendo á llevarselas. Esta, por su parte, así que habia logrado alguna torta, ó buena fruta, iba en seguida á participar de ellas á Leonor. Madama de Clermont, que en la tierna inclinacion de ambas hermanas de leche leia claramente el anuncio de dos buenos corazones, con el de la amable índole de su parientita, auxilió con todos sus esfuerzos tan cordial intimidad, multiplicando las ocasiones de estrechar sus vínculos, de aumentar sus embelesos y aprovecharse de sus efectos.

Esta cándida y afectuosa union duró por muchos años; y Leonor y Suseta habian cumplido ya sus doce años, cuando M. de Beauregard volvió de Rusia con el embajador de Francia. Vino con ansiedad á ver á su hija en el palacio de madama de Clermont; y hallándola de una edad en que ha de formarse la educacion, declaró que tenia ánimo de llevársela á Paris, á fin de darle maestros, y habilitarla para figurar bien pronto entre las distinguidas personas á quienes se proponia presentarla.

Leonor, que comenzaba á participar del orgullo y ambicion de su padre, acogió muy gozosa esta propuesta, y se dispuso á dejar el palacio en que se habia criado, y á separarse de la respetable madama de Clermont, que habia cuidado de su infancia, de la buena Susana, nodriza suya, y finalmente, de su hermana de leche, á quien anunció esta separacion.

Es indecible la desesperacion de Suseta. «¿Qué! ¿te marchas, hermana querida mia? le decia, juntas las manos, y anegados en lágrimas los ojos. ¡Ay te mí! ¡Dios mio! ¡qué infeliz soy! ¿quién me ayudará á comer mis bollos y quesos? ¿Me será preciso jugar enteramente sola, recorrer esta avenida, el lugar, y todos estos contornos sin verte! Y lo mas duró todavía está en que no podré dar un paso, sin que todo me traiga á la memoria mi querida hermanita, y me diga: Ahí nos abrazábamos; aquí aprendimos á leer; y acullá aun cogimos aquel nido de tórtolas, que tuvimos tanto cuidado de criar, y que ambas á dos están todavía en tu cuarto: ¿no las oyes arrullar? Están criadas juntas como nosotras, se quieren como nosotras; y son dichosas como lo éramos ambas; pero no las separarán; vivirán siempre una al lado de otra; ¡y yo no te veré ya! te vas, pues, á Paris, en donde no pensarás ya en Suseta, ó

la olvidarás quizá..... ¡Ah! ¡Dios mio! ¡qué desdichada soy!

No pudo ménos de conmovirse Leonor al ver tan desolada á Suseta. La abrazó muchas veces, prometiéndole volver á verla con frecuencia, y la dejó para subir al coche con su padre y madama de Clermont, que fué á pasar con ellos algun tiempo en Paris.

Leonor se habituó fácilmente al nuevo género de vida que le hicieron tomar. Siendo presumida y egóista, tenia una complacencia en adornarse todos los dias, y presentarse en los diferentes coliseos y concurrencias mas lucidas. Bien presto olvidó la aldea en que la habian criado; y sin madama de Clermont, que hablaba frecuentemente de su palacio y buenas gentes de sus inmediaciones, el nombre de Susana y el de Suseta no se hubieran oido jamas en la boca de Leonor. Fascinada ésta en medio del remolino de tanto sarao y concurrencia, no pensaba mas que en lucirse y adquirir habilidades que la hiciesen mas sobresaliente. M. de Beauregard, que habia notado mucha capacidad en su hija para la pintura, puso el mayor esmero en que tomase lecciones de los profesores mas afamados; y en breve tiempo hizo Leonor portentosos adelantos en este arte.

Madama de Clermont, cuya débil salud no podia habituarse al modo de vivir de la capital, anunció que iba á volverse á su hacienda, y visitar á sus buenos habitantes del país de Caux. M. de Beauregard sentia tanto mas la partida de esta segura y respetable amiga, cuanto le servia de madre á Leonor; y se vela obligado á separarse nuevamente de su hija que entraba entónces en los trece años, y ponerla en uno de esos colegios destinados á la educacion de las tiernas doncellas.

Fijado ya el dia para la partida de madama de Clermont, Leonor, que desde sus mas tiernos años habia debido un particular cariño á ésta, mostró algun pesar con semejante separacion; pero en lo interior de su pecho experimentaba el secreto gusto de desembarazarse de una celadora rígida, que á menudo habia impedido que su padre le diese tal ó cual adorno, ó la llevase á ésta ó la otra funcion. No obstante esto, como la naturaleza no pierde nunca sus derechos, en el momento de dejar madama de Clermont á Leonor, no pudo retener ésta algunas lágrimas; dió gracias á esta madre adoptiva por todas sus atenciones, y le encargó abrazar por sí á su nodriza Susana, y entregar á su hermana de leche un pafuelo de muselina bordado y guarnecido de encaje, que acababa de darle su padre con este destino.

A poco tiempo de haber partido madama de Clermont, M. de Beauregard, á quien sus graves y casi continuas ocupaciones no permitian entregarse á los desvelos que convienen á una sobresaliente educacion, puso á su hija en uno de los colegios afamados en que á un mismo tiempo se cultiva el entendimiento, se forma el corazón y se perfeccionan cuantas bellas disposiciones recibieron de la naturaleza.

Leonor, cuya propension al orgullo y ostentacion iba aumentándose por dias, no tardó en hacerse amiga de todas aquellas colegialas, que aduladas de sus padres, hacian inmensos dispendios, y seguian todos los caprichos de la moda y vanidad.

Hacia ya seis meses que Leonor habia dejado el país de Caux. Suseta, que estaba inconsolable siempre con su ausencia, obtuvo de su madre que irian á Paris, para ver y abrazar á su hermana de leche. Partieron una mañana en un carro entoldado, aseadas ambas con sus mas guapos atavíos; llegaron y se apearon en casa de una rica frutera del mercado, parienta suya, que las recibió con aquella franca cordialidad que caracteriza al buen pueblo de Paris. Desde aquella misma tarde quiso Suseta ir á ver á Leonor en su colegio; y en virtud de la relacion que Susana y su hija hicieron á la frutera, fué ésta acompañándolas. Hételas aquí, pues, á las tres, que pertrechadas de los diferentes regalos que destinaban á la jóven colegiala, subieron en un simon, y mandaron al cochero que condujese al colegio.

En aquel momento se paseaba Leonor en lo interior del jardin, hablando con varias doncellas de

su edad sobre todos los medios de agradar y lucir; avisada de que preguntaban por ella, piensa que es alguna visita de importancia, ó alguna nueva funcion con que vienen á convidarla. Atravesando el jardin, penetra hasta el salon en que habia reunidas muchas colegialas, y de repente se halla en presencia de Susana y su hija, que la estrechan en sus brazos y la llenan de caricias. «Pero, ¡cuánto has crecido, querida Leonorcita mia! le decia su ama de leche; no necesitamos ahora bajarnos para abrazarte; por lo mismo, como ves, te doy abrazos á todas mis anchuras.—¡Vaya! añadia la frutera, ¿para qué andar con ceremonias con la que mamó tu leche?—Pero bésame, pues, todavía, le repetia Suseta, que apretaba una mano de Leonor, mojándola con sus lágrimas: sabes por cierto que va á hacer ya seis meses que no nos vemos. Tus tórtolas están famosas, y se picotean, como nosotras hacemos ahora; tu cabritillo, que está hecho ya una cabra crecida, provee en el dia de cuajadillas, que te traemos para muestra.—Y yo, repuso Susana, te ofrezco esta torta de primera flor de trigo, con que te tengo regalada tantas veces; esta cesta de uva albilla que hemos sabido conservar no obstante el mucho frio de este invierno; y este ramillete de lila florido que cogimos en el bosquecillo, plantado el dichoso dia en que me escogieron para nodriza tuya, y que, á Dios gracias, comienza á formar una sombra á la que voy todas las tardes á hablar de tí con mi esposo, tu padre de leche.—Y yo, queridita mia, para dar gracias á vd. por haberme dado la satisfaccion de ver á mi comadre Susana, le ofrezco el mejor y mas hermoso pié de ananas que se conoce en toda la plaza del mercado: puedo alabarme de lo que digo..... pero es con condicion que me permitirá vd. besarla á mi vez un poquito; porque á fé de buena mujer que es vd. un lindo trozo de moza.....» Al acabar estas palabras, estrechó fuertemente á Leonor en sus brazos, y le dió dos besazos á una con Susana y su hija.

Este lance, tierno y divertido al mismo tiempo, produjo en Leonor tal turbacion y confusion, que en balde hubiera intentado ocultarlo. Las familiares caricias de Suseta, y las carcajadas de las colegialas que se hallaban presentes, todo aumentó la perplejidad de la doncella, en tanto grado, que no respondió mas que con desprecio, y sonrojándose, á los francos é ingénuos obsequios de la frutera y dos primas suyas, que se quedaron pasmadas de asombro y humillacion; pero lo que colmó el sentimiento de Suseta, fué oír que Leonor le dirigia un *usted* cruel, siempre que ella la tuteaba con la mas viva efusion de la amistad. «¿Qué, me llamas de *usted*, exclamó, cuando yo te llamo de *tú*? ¡Si supieras cuánta pena me das con eso!—Me parece, añadió Susana con arrogancia, que te tengo bien erizada, asistida, mecida, acariciada y mimada, para que no lo eches de la memoria.—¡Por la muerte de mi vida! dijo sucesivamente la frutera, poniéndose de uñas, ¡aliméntalas con tu leche y trátalas como á tus propios hijos, y mira cómo te reciben despues! Ven, comadre, y deja á esa tontuela, que hace ya de tan empinada señora, y se afrenta de su nodriza; no hará nunca fortuna, yo te lo aseguro: la dicha no se hizo para los desconocidos.....» Al acabar estas palabras, arrastró con Susana que respiraba con dificultad, y con Suseta, que, llorosa, volvía á cada instante la cabeza para ver si la llamaba Leonor..... Pero ésta las habia visto salir con una alegría reprensible, que se notaba al través de sus turbadas facciones.

(Continuará.)

La justicia de Sancho.

(FABULA.)

Leche pura
De la Alcarria
Un lechero
Voceaba.

A las voces
Bajó Paca
A la puerta
De su casa.

Vió la leche,
Y al mirarla,
Preguntóle
Si era cara.

Él la dijo:
«¡Muy barata!
Ocho cuartos
Cada jarra.»

Ella entónces
Pidió ufana
Nueve azumbres
Bien colmadas.

El lechero
Dijo: «¡vaya!
Mas contento
Que unas Pascuas:

¿Nueve azumbres?
Tome, hermana:
Ahí las tiene
Con chorrada.»

—«La fineza
Me hace gracia,
Le contesta
La taimada:

Ahora, amigo,
Solo falta
En el pago
Ser yo exacta.

Esto dicho,
Con gran calma
Se echa al cuerpo
Media taza.

—«¡Ay qué diablo!
Luego exclama:
Esta leche
Toda es agua!

Mas no importa:
¿Quién repara
En si es pura
O es aguada?

No gastemos
Mas palabras:
Ahí va el precio:
Toma y daca.»

Dice; y lista
De la saya
Un bolsillo
Verde saca,

Y en la mano
Se lo vácia,
En monedas
Todas falsas.

—«¿Cómo es eso,
Gran tunanta?»
Grita el otro
Camarada.

—«Esto es daros,
Dice Paca,
Cual la leche,
Tal la paga.

—«No la acepto.»
—«Pues tomadla.»
—«Bruja!»—«Pillol!»
«Mula!»—«Cabral!»

A las voces
Que levantan,
La Justicia
Viene airada.—

Era alcalde
Sancho Panza,
El de la Isla
Barataria.

Oye el caso
Con cachaza,
Y enterado,
Dice y falla:

«Justiciero
Ser me manda
Don Quijote
De la Mancha:

Por lo tanto,
Bien pesadas
Las presentes
Circunstancias,

Yo declaro
Buena paga
La que ha hecho
La muchacha.

Eso en tanto
No me basta
Con lechero
De esas mañas;

Y por ende,
Mando vaya
A la cárcel
Dos semanas.

Allí dénele,
No ya magras,
Ni pichones,
Sino natas;

Y estas ella
Se las haga
Con su misma
Leche falsa.

De ese modo
Sabrá el mandría
Lo que es leche
Sin sustancia.»—

Dice Sancho,
Mano en vara,
Y en la cárcel
Me lo zampa.

Desde entónces
Dicen varias
Relaciones
Muy exactas,

Que acabaron
Tales trampas
En la Isla
Barataria.—

¡Oh, si ahora
En mi patria
Fuese alcalde
Sancho Panza!

EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

HISTORIA XVI.

BAUTISTA EL TRAMPOSO.

“La buena fé es el fundamento
de toda sociedad humana: la perfidia
es la peste.”

Bautista era mercader; amigo de la ociosidad y enemigo de la economía. Sus negocios iban tan mal, consecuencia precisa de su desordenada conducta, que tuvo la necesidad de buscar cuatro mil reales prestados. Los usureros querían alhajas en garantía, y Bautista no tenía ninguna, pues la mejor alhaja que el hombre posee es la buena fé, y él la había perdido. Apurado hasta el extremo, acudió á un generoso amigo, que le prestó por un año, y sin interés alguno, la cantidad que necesitaba.

Con ella pudo desahogarse por el pronto, y dar nuevo impulso á sus negocios.

El día señalado para pagar á su acreedor se acercaba, y Bautista ya tenía con qué pagar, porque el dinero del hombre justo es simiente de prosperidad; pero Bautista se dijo á sí mismo: Si yo pago á mi amigo lo que me ha prestado, me quedo otra vez tan pobre como ántes. Mejor es no pagarle y que tenga

paciencia. Le negaré la deuda, y puesto que mis negocios van tan perfectamente, espero llegar á ser rico muy pronto.

Llevó á cabo esta infame determinación. Negó pérfidamente á su amigo el dinero prestado, diciendo que nada había recibido. El amigo le reconvino por su mal proceder; pero nada adelantó, y Bautista siguió afirmando que nada le debía.

El generoso amigo, cansado de esperar y de tener miramiento á un desagradecido é inicuo, acudió á los tribunales. Bautista fué convencido de deudor, de hombre de mala fé, y condenado á devolver inmediatamente los cuatro mil reales y á pagar doble cantidad á los establecimientos de beneficencia, en castigo de su perversa conducta.

Hé aquí lo que adelantó ese hombre desagradecido é inmoral con negar su deuda: perdió su dinero, un amigo generoso, y lo que es mas, su reputación.

Como consecuencia de tan mala acción, quedó arruinado y murió en un hospital, castigado por Dios y despreciado de los hombres.

Observad, queridos míos, que las malas acciones jamás producen bienes; que la buena fé es una joya preciosa que vale mas que el oro y las alhajas y que la reputación de hombre de bien es una verdadera riqueza. Conservad en vuestra memoria esta sábia máxima: «*Quoniam sus deudas paga, cumple bien y gana.*»

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO IV.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN DIFERENTES LUGARES FUERA DE NUESTRA CASA.

ARTICULO V.

Del modo de conducirnos en los espectáculos.

[Continúa.]

IX

Procuremos no separarnos de nuestro asiento durante los intervalos, sin una necesidad urgente, cuando para hacerlo hayamos de molestar á nuestros vecinos.

X

Algunas personas que se encuentran léjos de sus asientos durante los intervalos, suelen desatender el signo que se usa para anunciar que va á continuar la función, de modo que entran despues precipitadamente cuando han de perturbar á los demas. Evitemos incurrir en semejante falta; y cuando por algun motivo legítimo no hayamos podido acudir á tomar oportunamente nuestro asiento, esperemos para hacerlo al siguiente intervalo.

XI

Es sobremanera incivil fumar en el local, de manera que el humo del tabaco penetre en los lugares donde se encuentra la concurrencia, aun cuando ésta se componga solo de hombres.

XII

Son tambien actos inciviles y groseros el conversar ó hacer cualquiera otro ruido en medio del espectáculo, llamar la atención de las personas inmediatas para pedirles ó hacerles explicaciones relativas al acto que presencian, reír á carcajadas en los pasajes chistosos de una pieza dramática, prorumpir en exclamaciones bulliciosas en medio del silencio general, y romper en aplausos inoportunos, ó prolongar los que sean oportunos hasta llegar á molestar á los concurrentes.

XIII

Para los aplausos hay reglas especiales, las cuales no pueden desatenderse sin incurrir en graves faltas, que arguyen ignorancia y mala educación. Hé aquí las principales: 1ª, el palmoteo en la comedia debe ser corto, porque el juego dramático es en ella mas rápido que en la tragedia, y ofrece ménos

descanso en la terminación de los períodos: 2ª, en la tragedia puede ser mas largo, porque el movimiento de la pieza siempre es grave y lento, y las situaciones mas imponentes ofrecen en general momentos de silencio, en que el aplauso puede campear mas libremente, y aun comunicar solemnidad á la representación: 3ª, jamás debe palmotearse en medio de un período, sobre todo si el interés va en él en crecimiento: 4ª, segun esto, el palmoteo solo es oportuno en la cabal terminación de un período; y tanto en la comedia como en la tragedia será ménos prolongado, á medida que esté mas próxima la continuación del diálogo: 5ª, en medio de un período en que el actor arranque súbitamente un aplauso, el palmoteo es inoportuno, y léjos de alentar el entusiasmo artístico, lo resfria enteramente, sustituyéndolo con el desagrado que experimenta el actor al ver cortado el vuelo de su inspiración, y malogrado el mayor éxito que acaso esperaba del desarrollo de toda su fuerza. En este caso, tan solo es lícito el uso de una fugaz interjección, bien que siempre procurando que ella no dañe el interés del pasaje.

XIV

Respecto de los aplausos en los dramas líricos y demas funciones filarmónicas, se observarán las reglas del párrafo anterior que á ellas sean aplicables y especialmente las siguientes: 1ª, el aplauso ruidoso es insoportable, cuando no ha terminado aún la frase musical: 2ª, todo aplauso es inoportuno en medio de un recitado, de una cadencia, y de una frase cualquiera en que tome vuelo la imaginación del cantante: 3ª, en los calderones de un solo, el aplauso debe terminar ántes que el cantante abandone el punto que sostiene, para prestar atención á la frase ó terminación de frase que sigue: 4ª, en las arias, una vez que concluye el tema del *allegro* por segunda vez, suele seguir inmediatamente un canto corto y de delicado gusto, el cual quedaria oscurecido con un palmoteo que cayese sobre la terminación del tema: 5ª, en las piezas concertantes, no siempre es oportuno el aplauso, por el riesgo de destruir el efecto de las melodías parciales y de las transiciones. En el *duo*, por ejemplo, en que por lo general repite un cantante todo el tema que el otro ha ejecutado, inmediatamente que lo termina, el palmoteo que aplaudiese al primero ofenderia el canto del segundo. El momento del aplauso ruidoso en estas piezas, es generalmente el de los finales, cuando ya el canto no tiene grande interés, y los cantantes han alcanzado todo el éxito á que han podido aspirar.

[Continuará.]

ESTADO DE LOS NIÑOS.

EL LAZARILLO.

La edad de la infancia, á pesar de su debilidad, viene á ser el báculo de la vejez, cuando los dos extremos de la vida parece que se juntan. El lazarillo va indentificado con el débil anciano á quien sirve de báculo viviente, le guía y aun ayuda á buscar arbitrios para ganarse la vida. Pero la principal ocupación del lazarillo es servir de ojos al que carece de ellos, como lo hacia la siguiente niña.

Una tarde serena y apacible habia sucedido á un caluroso medio día del mes de Mayo, cuando lo avanzado de la primavera hace ya sentir los calores del estío. Ya cuando los rayos del sol desaparecian hasta de los mas altos tejados de las calles, salían las gentes á disfrutar del aire puro y fresco del crepúsculo. Con igual objeto me dirigí yo hácia la plazuela de Santa Ana (Madrid) que por su situación ofrece un saludable y ameno desahogo á los habitantes de uno de los barrios mas poblados de la capital. Muchas gentes habian acudido á pasear en aquellas reducidas calles de árboles, pero principalmente se notaban niños y niñas de todas edades, que detenidos en casa durante el día por el excesivo calor, ó entregados en sus respectivas escuelas y útiles ocupaciones, venian llegada la noche á desquitarse de su inacción.

Solos ó acompañados de sus ayas corrían por entre los árboles con toda la inocente alegría propia de la primera edad, y disfrutaban muy á su sabor de las delicias de la primavera. Las acacias en flor ofrecían un hermosísimo punto de vista con sus ramilletes blancos entre lo verde, y embalsamaban el ambiente con su delicado perfume. El ruido del agua que resonaba en el pilón de la vecina fuente, era á veces interrumpido por los gritos de alegría y los cánticos de los niños, que distribuidos en corros jugaban y bailaban asidos de las manos. No muy lejos de uno de aquellos bulliciosos corros tomé yo asiento en uno de los bancos de piedra, y me hallaba distraído en observar los movimientos de las niñas, cuando observé que alguna de ellas, separándose del corro, se dirigía hácia el banco donde yo estaba. Era el caso que estaba también allí sentada una niña como de unos seis años, junto á una señora mayor, y de las que yo no habia hecho aprecio. Entónces sí noté, que llegándose á la niña las que venían del corro, la instaron eficazmente á que fuese á tomar parte en sus juegos. Por el interés con que la niña miraba á las otras y á los que jugaban, era fácil adivinar que de muy buena gana las hubiera acompañado; pero con sorpresa mía ví que se resistió á todas sus instancias y agarrando con sus manitas el vestido de la mujer anciana que estaba á su lado, dijo con resolución:—Yo no debo separarme de la abuelita.

Admirado de su respuesta, tomé yo también la palabra para animarla á que fuese á jugar; pero ella no me contestó, hasta que la buena mujer, que hasta entónces no habia desplegado sus labios, volviéndose hácia mí, me dijo:

—Mi nieta es una muchacha muy juiciosa, y aunque yo misma la mandase ir á jugar, sé que no lo haría por no dejarme abandonada. Ha de saber vd., señor, que yo soy una pobre que he quedado ciega de resultas de unas cataratas que ha sido imposible curar. En el cruel estado de privaciones en que me encuentro, y en medio de los dolorosos recuerdos que sin cesar me atormentan, no tengo mas consuelo que esta niña que es mi guía en esta perpétua noche, y mi ángel de salvación. Tampoco ella tiene en la tierra otro apoyo que esta débil mujer, porque tuvo la desgracia de perder á sus padres en su mas temprana edad, de modo que ni aun conserva idea de las facciones de unos padres arrebatados tan prematuramente. Nosotras dos vivimos solitas en una bohardilla no muy lejos de este sitio, y vd. se maravillaría de ver lo útil que me es esta niña, lo bien que se penetra de mis leves insinuaciones y lo bien que ha comprendido su piadoso destino. Ella me lleva á todas partes y me acompaña á las casas de unos pocos amigos que habiéndome conocido en días mas felices, son los que me socorren hoy que me veo desgraciada. Dificulto que se encuentren en todo Madrid dos personas mas íntimamente unidas por el afecto y la necesidad. Si ella me guía á mí por entre los peligros del mundo material, yo la guío á ella por entre los riesgos no ménos fatales del mundo moral, ilustrando su entendimiento y dirigiendo su corazón con las saludables máximas, que fruto en mí mas de experiencia que de estudio, podrán algun día hacerla muy feliz. Al decir esto, la pobre ciega acariciaba con su mano la rubia cabellera de su nietecilla, y yo, sintiendo un cierto respeto hácia aquella mujer, no pude ménos de elogiar y acariciar por su loable conducta á la interesante niña.

De allí á poco rato las ví partir, y al considerar de qué modo se evitaban recíprocamente sus disgustos, formé el juicio mas ventajoso de una niña que en tan tierna edad daba ya tales pruebas de resignación y constancia.

UN ARQUITECTO.

Un arquitecto cuyo nombre se pierde en la noche de los tiempos, construyó, en un rincón deshabitado del mundo, tan inhospitalario y extraño que se le hubiera podido llamar el caos, un monumento

admirable, tan perfectamente acabado, que los siglos pasaron por él sin tocarlo; aunque fué ese monumento el mas antiguo de que se tiene noticia; aunque tenia miles de años de construido, parecia siempre nuevo, comparado con las obras modernas mas bien construidas y conservadas. Poco á poco se fué poblando el pequeño terreno en que se levantaba; los primeros pobladores habian encontrado el monumento muy hermoso y su placer principal consistía en contemplarlo; pero poco á poco borró en ellos la costumbre la impresión de los primeros días; las generaciones siguientes, cuyos artistas se extasiaban aún en la contemplación de aquel monumento, les decían: «¡Eh! eso no es malo, pero es muy antiguo y siempre la misma cosa.» Algunos simples, viendo que en aquella obra sorprendente nada habia que revelase esfuerzo y pena, se decían: «Después de todo, eso no debe haber costado gran trabajo, y ya es demasiado ocuparse de la obra y su construcción, igualmente viejos.»

Los años pasaban tras los años, y el monumento siempre en pié; las ciudades, las civilizaciones, los pueblos, se sucedían, y él solo permanecía inmutable; ni una piedra se derrumbaba; como á nadie costaba su conservación, llegó á suceder que se cuidaban de él tanto como si no existiera. Llegó tiempo en que tan indecisos estuvieron del nombre del arquitecto, que algunos amigos de dar fáciles soluciones, dijeron: «¿Por qué preocuparse en averiguar ese nombre, cuando tal vez se construyó por sí solo el edificio?»

El espíritu del arquitecto oía sin embargo todo eso sin inquietarse; su obra vivía á pesar de todo; su voluntad estaba satisfecha y las necesidades de los mortales no podían alterar la plácida quietud de su eterna gloria.

Amaneció con todo, un día en que le plugo ocuparse de lo que sobre la tierra se decía. Habia surgido una doctrina, que iba ganando mucho terreno. Algunos filósofos y sábios, ¡cosa rara! se habian puesto de acuerdo para explicar lo que no entendían. Según ellos, el templo era su propio arquitecto, su autor, su creador; la tierra toda se habia engendrado y creado á sí misma, de que se seguía que todo lo existente, era Dios de sí mismo. Esa doctrina tenia de ventaja, que los que la inventaron, así como sus secuaces, hallaban que á nadie, sino á sí mismos, debían algo.

Resultó de este extraño sistema, que siendo todos dioses, quería cada uno que se le reconociese por centro del universo; que todos estuviesen subordinados á él; nadie quería permanecer en su lugar y contentarse con el papel que se le habia designado en la creación. Las pretensiones individuales se exaltaban; la vanidad hinchaba todos los corazones, y el sombrío fuego del egoísmo ardía en todos los cerebros. Los grandes, ó los que serlo pensaban, oprimían á los pequeños, desdeñando la parte que tomaban en la obra comun, y en vez de hacerles llevadera su suerte, tenían al parecer empeño de hacerles ver cuán miserables eran á su lado; era la renovación del caos.

Para darles la lección que necesitan, el sublime arquitecto, Dios, que es de quien os vengo hablando; Dios, permitió que hablasen los materiales de su monumento.

Se conmovieron profundamente los habitantes de la tierra, cuando hablaron las cosas hasta entónces mudas; pero se centuplicó aquella conmoción cuando pudieron comprender el diálogo que de la base hasta la cúspide se entabló entre todas las partes del edificio, que el día anterior estaba aún mudo ó inerte.

Piedras hubo que poco ó nada hablaron, lo cual hace su elogio; otras hablaron mucho.

Las de la fachada levantaron la voz sobre todas las otras. Sus ideas llenas de arrogancia se revelaron en estas palabras: «Estamos sobre vosotras, somos la parte mas noble del edificio, su gloria y su corona; sois harto felices en sostenernos y en que háyamos consentido, dejándonos colocar sobre vosotras, en dar forma y belleza al conjunto informe de piedras que sin nosotras seríais. En nosotras reside el pensamiento de una obra, en que vosotras

no teneis sino una ínfima parte; somos vuestro cerebro.»

Las piedras de abajo se contentaron con gemir; pero poco á poco, la irritación comenzó á producir murmullos, que luego fueron sustituidos por sordos gruñidos que parecían salir del seno de la tierra. Los cimientos tomaron la palabra; su voz salió poco á poco como un torrente subterráneo, desde los abismos de la eterna fundación, hasta romper como la explosión de un volcán, la última costra de tierra.

Las piedras superiores estaban muy atentas, y su silencio más parecia terror que desden.

El discurso de los cimientos no fué largo, pero sí prudente. Sin duda que el mismo Dios lo inspiró.

«Nada somos, no siendo mas que vosotras; nada sois, sin ser mas que nosotras; ambas estamos donde Dios quiso colocarnos. Nuestro empleo vale tanto como el vuestro; Dios no hizo porciones desiguales; no hizo mas que partes útiles y necesarias todas á su obra; sois nuestro cerebro, decís; nosotras somos vuestros piés; si estais encima es porque os sostenemos; si el maestro quisiera, si le pluguiese arrojarnos con su mano poderosa lejos de aquí, dentro de cinco minutos no seríais sino polvo; no hay superior mas que el orden divino que mantiene nuestro maestro. No nos jactamos de ser necesarios; solo un orgullo tenemos, y ese es legítimo; consiste en que sabemos que ante Dios somos iguales; sois mas bellas, nosotras mas sólidas. Cada una tiene su ley en este mundo; no deben las partes usurpar los derechos del conjunto. Si no quereis que la obra admirable del maestro sea bien pronto un montón de escombros, sed mas humildes en lo de adelante; todas llenamos una misma obra, la de Dios; no la vuestra ni la nuestra. Credlo; solo Dios puede explicar el mundo y mantenerlo. La ley que nos ha dado es de fraternidad y caridad; ante esa ley, somos iguales, y solo observándola podemos engrandecernos y aproximarnos á Él.»

El monumento volvió á quedar mudo. Muchos hombres, pero no todos desgraciadamente, habian comprendido su lenguaje.

APORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

En la educación, como en las ciencias, artes, y aun en la virtud misma, hay tres cosas que considerar: la naturaleza, la instrucción y la costumbre ó práctica.

La naturaleza sin la instrucción, es ciega. La práctica sin alguna de las dos, es imperfecta.

Porque así como en la agricultura se necesitan tres cosas: buen terreno, buen campesino y buena semilla, así en la educación, se necesita que la buena enseñanza y la práctica ayuden á las buenas dotes naturales.—PLUTARCO.

Si seguís la naturaleza, no os causará grandes molestias y disgustos la educación que deis, para producir buenos frutos, especialmente si no insistís en hacer adquirir precoces conocimientos.

Debe tenerse especial cuidado con el cuerpo.

Un ejercicio moderado, fortalece mucho; las niñas, que se han de escoger con cuidado, deben llevar los niños á respirar el aire libre, á visitas, etc.

Debe procurarse que el carácter de los niños sea el mas alegre y franco posible; no hacerles susceptibles ó irritables, con la demasiada indulgencia, ni cobardes y serviles con la demasiada dureza. Debería enseñárseles á usar indistintamente cualquier mano.

Desde la edad de tres años, en que comienzan á desarrollarse la facultad del habla y el entendimiento, debe proporcionarse al niño juegos propios de su edad. De esos juegos, se puede formar un juicio acerca de la aptitud futura del niño.

No es prudente cambiarles frecuentemente de juguetes, por que eso contribuye á desarrollar la volubilidad de carácter.

De los tres á los seis años, es útil referir á los niños historietas apropiadas á su edad.—PLATON.